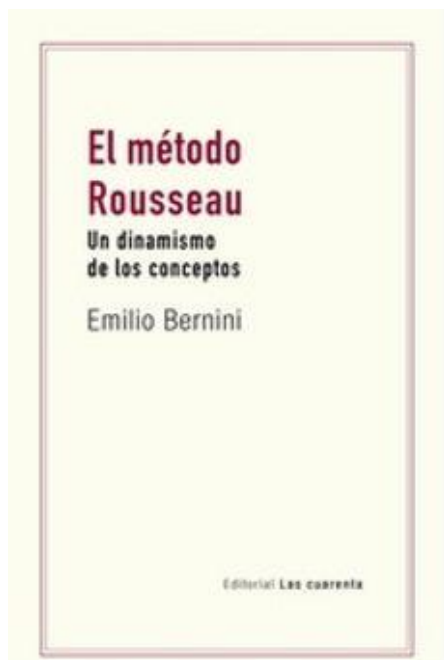


La acción de la escritura (sobre *El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos* de Emilio Bernini)*

Eduardo Rinesi

Universidad Nacional de General Sarmiento



Sostenido sobre un extraordinario esfuerzo de lectura, no solo de la obra de Jean-Jacques Rousseau, sino de las más clásicas y de las más actuales corrientes de interpretación de su pensamiento, el libro que acaba de entregarnos Emilio Bernini produce, me parece, un fuerte efecto *liberador*: nos libera, en efecto, de un par de compulsiones que con demasiada frecuencia constituyen obstáculos poderosos para una comprensión más desprejuiciada de los escritos

rousseauianos, que son la compulsión a suponer a esos escritos las expresiones, más o menos mediadas, de una subjetividad que buscaba manifestar en ellos o a través de ellos sus contradicciones, sus angustias y sus

* Acerca de Bernini, Emilio, *El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos*, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2021, 350 pp.

desvelos y la suposición de que esos múltiples escritos, por otro lado muy diversos en sus géneros, en sus formas y en sus contenidos, pueden ser imaginados como otras tantas herramientas para la exposición de un conjunto de ideas o teorías que se revelarían a través de ellos. La primera de esas dos suposiciones descansa entre otras cosas en la importancia de un puñado de escritos de los últimos años de la vida de Rousseau que, bajo la forma de confesiones, diálogos o ensoñaciones, parecen en efecto hacer de la vida del escritor un asunto fundamental de su pensamiento y de sus trabajos y eventualmente incluso, y por lo mismo, una posible clave de inteligibilidad del conjunto de ellos. Es el ejercicio en el que se empeñó en su momento Jean Starobinski, cuyo clásico *La transparencia y el obstáculo* invita a imaginar el conjunto de lo que Rousseau escribió como poco más que una forma de tramitar a través de la escritura una escena traumática de su primera infancia que el propio narrador recuerda y comenta (y *como* el propio narrador la recuerda y la comenta) en sus *Confesiones*. El formidable trabajo que realiza Bernini sobre estos escritos “autobiográficos” (lo digo mejor: sobre las distintas *operaciones textuales* que realiza Rousseau, en esos escritos, para hablar sobre sí mismo) nos convence de la insuficiencia de ese tipo de abordaje, en clave “biográfica” o “psicoanalítica”, de la obra del escritor.

La otra suposición, la de que los distintos escritos de Rousseau revelarían la unidad de un sistema teórico o de un conjunto de ideas que se expresarían a través de ellos (nada que deba explicarse demasiado: los profesores de filosofía política, muchas veces víctimas fáciles de un tipo de pereza a la que nos gusta presentar y presentarnos como una forma de preocupación por los aprendizajes de nuestros estudiantes, querríamos poder siempre presentar a los autores como dueños de una idea o de un manajo de ideas, y a sus obras como la expresión o la manifestación de esas ideas con las que nos gustaría poder identificarlos), presenta la ostensible dificultad, con la que muchos autores bien conocidos, con Althusser a la cabeza, debieron enfrentarse, de que Rousseau dice en sus distintos libros cosas *muy distintas*

entre sí, a propósito de asuntos sobre los que nos gustaría que sus pensamientos fueran menos tornadizos. Así, nos presenta una cierta idea sobre el origen de las sociedades, que imagina anterior al pecado original de la cultura, en el *Discurso sobre los orígenes de la desigualdad*, y otra idea diferente sobre el mismo asunto: la idea de que ese origen está siempre ya contaminado, bajo la forma – como estudió Derrida– de un suplemento que le sería constitutivo e inseparable, en el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. O nos muestra, en el primero de esos dos escritos, cuál sería la función de reproducción y refuerzo de las desigualdades entre los distintos grupos de la sociedad propia del Estado, pero nos invita a suponer posible, en *El Contrato Social*, un modo muy otro de funcionar las cosas en la organización político-estatal de una comunidad que allí parecería poder realizarse con igualdad y con justicia. O nos sugiere una función precisa y decididamente condenable del desarrollo de las ciencias y las artes en la vida de las sociedades en el *Primer discurso*, o del teatro en la *Carta a Monsieur D’Alembert*, pero nos sorprende con su celebración de las sofisticadas artes (por cierto que “teatrales”) de la simulación de la naturaleza de los jardineros que logran recrear la apariencia de un origen incontaminado de las cosas en otra carta: la que se refiere al solo aparentemente paradisiaco e intocado jardín de Julie en *La nueva Eloísa*.

Para dar cuenta de estas diferencias entre lo que dicen sobre los diversos problemas de los que se ocupan los distintos escritos de Rousseau, la crítica ha ensayado distintas hipótesis interpretativas, que van desde la invitación a suponer que entre las realidades a las que aluden los diferentes textos de Rousseau sobre un determinado asunto puede postularse una secuencia temporal o histórica, una evolución determinada de las cosas, y que por lo tanto entre los textos que se refieren a esas realidades es posible establecer un encadenamiento progresivo o una lógica dialéctica, hasta la pretensión de que Rousseau se animaba a hacer avanzar sus trabajos teóricos, en los distintos campos que exploraba, hasta el punto donde encontraban determinados *impasses* irremontables o se estrellaban contra el muro de unas aporías que la

misma teoría no podía resolver, y entonces elegía deslizarse, *desplazarse*, a otro campo: el de la literatura, donde podía resolver en términos no teóricos los enigmas ante los que debía detenerse la teoría. La literatura sería así, para estas interpretaciones del pensamiento de Rousseau, *lo otro* de la teoría y la señal o la confesión de su fracaso (alguna vez Antonio Negri –sobre quien no seremos nosotros quienes descubramos el fuerte ascendiente del autor de *La filosofía como arma de la revolución*– escribió algo semejante para pensar la relación entre el Maquiavelo de *La Mandrágora* y el de sus escritos teóricos mayores: *El Príncipe* y los *Discursos*), pero esas interpretaciones solo pueden sostener esta pretensión, observa Bernini, al alto costo de englobar bajo ese nombre un poco vago de “literatura” un conjunto demasiado heterogéneo de textos, desde un tratado de pedagogía hasta una novela epistolar, desde un diálogo hasta una autobiografía. Contra esa hipótesis, el libro de Bernini se propone y consigue demostrar que los textos a veces llamados “literarios” de Rousseau no son “lo otro” de sus textos teóricos ni empiezan su trabajo allí donde estos últimos han mostrado sus imposibilidades, sino que deben ser pensados como partes de un mismo gran discurso filosófico que, lejos de toda vocación sistémica (más bien: como forma de su crítica a la que caracterizaba los grandes cuerpos de la metafísica de su siglo), elabora sus ideas en distintos registros y géneros de escritura.

Así, Bernini le dobla la apuesta a la tesis althusseriana del *décalage*, del deslizamiento, el desfasaje, el “desajuste” entre la lógica de algunos de los textos de Rousseau y la de otros, mostrando que esa lógica del *décalage* (y su complemento necesario, que es la idea, de sonora matriz freudiana, de *denegación*: el *décalage* permite resolver en un registro discursivo los problemas que no encontraban solución en otro *sin decir que es eso lo que hace*, “enmascarando” y enmascarándose a sí mismo esa función que cumple) es la que preside la relación entre *todos* los escritos de Rousseau. Que no es que algunos textos de Rousseau (los “literarios”) puedan decir lo impensado de los otros (los teóricos), sino que todos los textos de Rousseau poseen un impensado

que no se puede decir sino en un lenguaje otro respecto al suyo, lo que lleva a Rousseau a deslizarse, a desplazarse entre los *muy* diversos géneros con los que trabaja (que no son solo, por cierto, el de la teoría y el de la “ficción”, sino los muy específicos –y ciertamente muy codificados– géneros clásicos del Discurso, la Carta, el Ensayo, la Novela, el Diálogo), buscando en cada uno de sus textos los límites de lo que las reglas del género en el que se inscribe le permiten decir, el borde hasta el que la modalidad discursiva en la que se articula le permite avanzar, y deteniéndose entonces en ese punto, no para establecerse definitivamente en él, no para fijar la respuesta que ese texto puede dar al problema que en su interior puede plantear como la última verdad sobre el asunto, sino para después, en *otro* texto, con *otras* reglas, en otro marco o con otra dinámica textual, retomar desde otra perspectiva el mismo asunto y volver a elaborarlo de manera diferente. El método de Rousseau consistiría entonces en una operación de desplazamiento (de *décalage*) constante, permanente, en una búsqueda de examinar las cosas hasta agotarlas en el interior de un texto, en el interior de un conjunto de reglas para la organización del pensamiento y del discurso, y después, entonces, saltar a otro, pasar a otro registro desde el cual, sin avisar, como haciéndose el distraído respecto a lo que se hace, empezar de nuevo, en otro género, en otro tono.

Los géneros y los tonos de la escritura de Rousseau son entonces los temas de este libro. Los conceptos de la filosofía de Rousseau, escribe Bernini, deben estudiarse considerando el trabajo de la escritura en la que esos conceptos encuentran su articulación, y esa escritura es una escritura que se ensaya siempre en situaciones retóricas y bajo reglas distintas y precisas, que Rousseau conocía bien y entre las que se desplazaba a conciencia y con destreza. El pensamiento no precede al lenguaje, los conceptos no son independientes de los modos en que se los enuncia y los modos en los que se enuncian los conceptos son los modos en los que estos pueden enunciarse dentro de los límites que en cada caso le ofrecen a la escritura de Rousseau las reglas de las distintas modalidades discursivas en las que organiza sus

diferentes textos. Así, poniendo el acento en la cuestión de la *escritura*, Bernini puede presentar lo que en general suele pensarse como las contradicciones del pensamiento de Rousseau más bien como el resultado de sus reelaboraciones de un mismo problema en registros textuales diferentes. Todos los problemas de los que se ocupa Rousseau a lo largo de su obra (el del origen, que ya mencionamos, el del amor de sí, que aparece de distintos modos –por ejemplo– en el *Segundo Discurso* y en el *Emilio*, el de la plenitud o la integridad del yo como la experiencia de la sutura del cisma entre las inclinaciones de su naturaleza y las “distracciones” y los “obstáculos” del mundo) se presentan en sus distintos textos como el resultado de la acción de su escritura, de su trabajo de escribir. Me parece que esa es, finalmente, la enseñanza, o la invitación a revisar nuestros modos habituales de pensar, que nos propone Bernini en este libro: Rousseau escribió una cantidad de piezas tramadas en géneros muy diversos, no para decir en ellos un conjunto de ideas que habría tenido acerca de los problemas que lo obsesionaban, sino para poder pensar mejor esos problemas ensayando hasta dónde le permitían llegar, en relación con ellos, las reglas de los distintos géneros en los que tramaba su escritura.